

Informe de coyuntura n.º 12

El cierre de la coyuntura post-revuelta.

Reflexiones, balances y desafíos

Dirección Nacional
11 de Septiembre de 2022

I. El plebiscito en el marco del período de crisis y el cierre de la coyuntura constitucional/constituyente

“Uno de los lugares comunes más banales que se vienen repitiendo contra el sistema electivo de formación de los órganos estatales es éste: de que el "número es en él una ley suprema" y que las "opiniones de cualquier imbécil que sepa escribir (y también de un analfabeto en ciertos países) vale, a los efectos de determinar el curso político del Estado, exactamente lo mismo que la de quienes dedican al Estado y la nación sus mejores fuerzas", etc. [27]. Pero lo cierto es que de ninguna manera es verdad que el número sea "ley suprema" ni de que el peso de la opinión de cada elector sea "exactamente" igual. Los números, también en este caso, tienen un simple valor instrumental que dan una medida y una relación y nada más. Por otro lado, qué se mide? Se mide precisamente la eficacia y la capacidad de expansión y de persuasión de las opiniones de pocos, de las minorías activas, de las elites, de las vanguardias, es decir, su racionalidad, historicidad o funcionalidad concreta. Esto significa que no es verdad que el peso de las opiniones de los individuos sea "exactamente" igual. Las ideas y las opiniones no "nacen" espontáneamente en el cerebro de cada individuo: tuvieron un centro de formación, irradiación, difusión, persuasión, un grupo de hombres o también una particular individualidad que las elaboró y presentó en la forma política de actualidad. La numeración de los "votos" es la manifestación final de un largo proceso en el cual la influencia máxima corresponde justamente a quienes "dedican al Estado y a la nación sus mejores fuerzas" (cuando son tales). Si este presunto grupo de caciques, no obstante las interminables fuerzas materiales que posee, no obtiene el consenso de la mayoría, habrá que juzgarlo como inepto o como no representativo de los intereses "nacionales", los cuales no pueden dejar de prevalecer entre los elementos que impulsan la voluntad nacional más en un sentido que en otro. "Desgraciadamente", cada uno es llevado a confundir lo propio "particular" con el interés nacional y, por consiguiente, a encontrar "horrible" que la "ley del número" sea la que decida; es ciertamente mucho mejor llegar a elite por decreto. No se trata por lo tanto de quien "tiene mucho" intelectualmente y se siente reducido al nivel del último analfabeto, sino de quien presume que tiene mucho y quiere quitar al hombre "común" también aquella fracción infinitesimal de poder que posee para decidir sobre el curso de la vida estatal.”¹

Abrimos el documento con esta cita de Gramsci porque ella aporta a comprender el significado del resultado de cualquier elección democrática. Como se señala, aunque la impresión de los defensores de la democracia de masas y sus críticos tienda a imaginar que el resultado no es nada más que la afinidad espontánea de un cúmulo de individuos, esto no es exacto. El resultado de una elección es algo así como una fotografía que da cuenta de las mayorías y minorías político-sociales, influidas a su vez por vanguardias, corrientes, elites, Estados Mayores, etc. Ahora bien, en cualquier caso, pero sobre todo en el que nos convoca, cabe preguntarse acerca del marco temporal en que inciden las vanguardias y en que las minorías y mayorías se pliegan a ellas. ¿Se podrá restringir la evaluación de una victoria o una derrota electoral a la estrechez de los límites de una campaña formal? Probablemente no, pues la realidad no es pura contingencia; influye el criterio sobre el pasado reciente, las tradiciones políticas familiares, la percepción sobre los referentes políticos, y un largo etcétera.

Como señalamos en otras oportunidades, esta elección no era cualquiera. En cuanto a sus características, no es comparable a una elección convencional en un momento calmo, sin polarización. Se trató de una elección mucho más directamente política que otras, dado que por el voto obligatorio sí se expresó la mayoría del pueblo, y el contenido político de esta era abstracto, en el sentido de no tratarse de una figura en particular², sino que de una dirección general de país. El voto acerca de la nueva Constitución era, de modo indirecto y matizado, el voto acerca del programa del movimiento popular real que se había configurado (con sus distintas tendencias y hegemonías) no a propósito de la revuelta, sino que desde bastante antes, a lo largo de toda la post-dictadura; en ese movimiento popular post-dictatorial, por diversas razones, la transformación de la constitución se había vuelto una demanda central, que contenía a todas las demás.

1 Antonio Gramsci, El número y la calidad en los regímenes representativos. http://www.gramsci.org.ar/TOMO3/109_num_y_calid.htm.

2 Lo que no quita, por supuesto, que muchas personas hayan votado a favor o en contra según su adhesión o su rechazo a ciertas figuras emblemáticas. No obstante, con lectura directa o indirecta de la nueva Constitución, en el fondo se trataba de una decisión abstracta, en el sentido de directamente política y no de 'falsa'.

Todas estas tendencias, sin excepción, leyeron el advenimiento de la emergencia de masas respecto de sus perspectivas previas, y las más fuertes, ensayaron darle representación al interior de la Convención. Aunque tengamos muchísimas críticas a tal o cual convencional, constituiría no solo una injusticia, sino que un error de análisis feroz disociar las particularidades de lo que se terminó estableciendo en el borrador constitucional de la trayectoria del movimiento popular a lo largo de al menos una década; como todo fenómeno político-social, debe ser leído por arriba y por abajo.

Esto por únicamente hablar de sus características y no de los efectos que la elección, que ya comienzan a ser claros. La suerte del movimiento popular, la izquierda y nuestra organización se dirimió hacia el peor de los escenarios posibles. El plebiscito cierra la coyuntura a favor de la clase dominante y la reacción en general, y los próximos 3 años deben ser pensados en una lógica de contrarreforma o contrarrevolución parlamentaria, en que todas las cartas que puede jugar la izquierda son estrictamente defensivas. Más si se considera el efecto derechizador que el resultado tiene a propósito del Gobierno, el cual era completamente previsible, y cuyo mejor ejemplo es la nueva Ministra del Interior. Con el triunfo del apruebo, estas amenazas eran igual de ciertas, pero el nuevo escenario exige la innovación total de la táctica: exigir un nuevo proceso constituyente/constitucional no tiene sentido, y el golpe anímico y moral para las filas de la izquierda no puede ser sino inmenso, por cuanto quedan a la vista los límites de sus propuestas y de su influencia en el pueblo en general.

Por todo esto, y antes entrar en detalles, afirmamos sin tapujo que fue correcto apoyar la opción Apruebo y dedicar esfuerzos reales a aquello, lo que estaba en juego era la coyuntura completa, en tanto si esta se cerraba por izquierda o por derecha, por arriba o por abajo. No caeremos en la injusticia -de nuevo- de responsabilizar de esta derrota al izquierdismo abstencionista o nulista, pero, por razones que veremos a continuación, no nos guardaremos la crítica de que para cualquier marxista o revolucionario, no haber participado constituye un grave error político, y que en adelante habrá de dividir aguas.

Puesto en este marco, ¿qué significan los resultados del plebiscito? En términos gruesos, significa que el programa, los estilos políticos y los tipos de liderazgo que hasta aquí hegemonizaron el movimiento popular no son representativos de la mayoría del país, sino que de una minoría que, a su vez, está fragmentada en diversos nichos respecto de sus características y su cantidad real. El voto obligatorio es una prueba a la que este amplio arco no estaba desafiado desde hace mucho, y permite tomar cuenta de las proporciones reales. Ese 38% que votó apruebo es el movimiento popular y su influencia social real³ en casi toda su diversidad, solo excluyendo a segmentos del izquierdismo. De alguna manera, ese manto de duda que había acerca del abstencionismo más o menos permanente⁴, sobre el que solamente se podía hacer hipótesis, ha caído, no de forma total, pero casi⁵.

Ahora bien, el que el movimiento popular sea minoría no debiese llamarnos a ningún tipo de renuncia ideológica u organizativa, puesto que en cualquier caso, el hecho de que logre atraer al 38% del país respecto al dilema constitucional sigue siendo un hito inédito respecto del pasado reciente, aunque la derrota duela y mucho. Por las características de la elección y su contenido, no puede decirse que aquí se estaba votando por algo ‘moderado’, pese a las ofertas moderadoras del Gobierno. Desde un punto

3 El 38,14% equivale a 4.860.093 votos en total.

4 En el ciclo reciente, la elección con mayor participación había sido la segunda vuelta entre Boric y Kast. En el plebiscito de salida, el apruebo sumó aproximadamente 200 mil votos más que los que sacó Boric en segunda vuelta, mientras que la opción rechazo tuvo algo más de 4 millones respecto de Kast. Es decir, la mayoría del llamado ‘abstencionismo estructural’ se posicionó del lado de la opción reaccionaria o regresiva.

5 Pese a la alta participación electoral, de todos modos se abstuvo un 16%, es decir, 2.152.866 personas. Las razones para este segmento siguen siendo una total intriga, pero a primera vista, no hay ninguna razón que indique que, de participar, lo harían de un modo radicalmente diferente de las tendencias generales del electorado.

de vista socialista, por supuesto que se trataba de un mínimo, pero la subjetividad de las grandes masas no es socialista. Por así decirlo, la radicalidad del criterio electoral era superior a la de votar por Boric, Bachelet o cualquier ex-Presidente, aunque menor a la de votar por Jadue en 2021. Es minoría, pero mayor a 1/3 del cuadro general; es una minoría fragmentada, un mosaico, con el que en el futuro pueden ocurrir muchas cosas. Es temprano para señalar que este 38% expresa una ‘consolidación’ del movimiento popular, por cuanto para eso tiene que existir un correcto enfrentamiento de la derrota y del nuevo escenario, y eso no es obvio, pero sí existe y está vivo.

¿Cuánto de lo que se hizo o no se hizo en campaña afectó a este resultado? ¿Cuánto responde a procesos previos, más cercanos o lejanos? Es imposible de determinar a efectos de este escrito. No se debe pasar por alto que el plebiscito no necesariamente se decidió respecto de lo escrito en el borrador, sino que también a propósito de la actuación de la Convención y del Gobierno, inclusive sobre un juicio del pasado reciente. Por lo mismo, pensamos que no es exagerada la afirmación que realizamos en el párrafo anterior, por cuanto es imposible separar a las personas de las ideas, y quedarse con que solo se juzgó las ideas y no a las personas o viceversa. Todas las dinámicas del Gobierno y de la Convención que puedan haber impulsado a las masas a votar rechazo son, como decimos, también parte directa o indirecta del movimiento popular, nos guste o no. Y así lo ve la mayoría justamente porque así es. ¿Necesitamos nosotros leer el programa de Kast para no votar por él? ¿La gente común que vota necesita leerlo para lo mismo? Por supuesto que no.

Pese a preguntas que surgen y solo se puede responder parcialmente, hay un asunto que sí podemos responder de modo más contundente. El 38% es minoritario frente a una mayoría circunstancial e inestable. El triunfo del rechazo, y su contundencia, lo permitió la adscripción de la mayoría del pueblo, en particular, de segmentos que se habían abstenido sistemáticamente y que se movilizaron solamente a propósito de esto. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cuáles son sus propósitos? Invariablemente, las fuentes indican que son personas que, en el sentido de estratificación y no de clase, pertenecen a las clases medias bajas y bajas, a lo largo y ancho del país, tanto de hombres como mujeres, de todas las edades. Respecto de los propósitos, no hay homogeneidad; aunque sea obvio que se trata de una subjetividad reaccionaria, está en un error quien reduzca el fenómeno al derechismo tradicional y al no-tradicional (derecha radical), que mayoritariamente ya votaba activamente, puesto que existe también un rechazo ‘clasista’. Este reacciona contra una ‘elite progresista’, por razones tan mundanas como que detesta a Daniel Stingo o que padeció fuertemente que su apego a la nación se vuelva ‘indetectable’, o por razones tan profundas como que reniega de la igualdad de género, del medioambientalismo, y la convivencia con los pueblos indígenas.

Es imposible pasar por alto el fenómeno del ‘rechazo popular’, puesto que se transformó en protagonista del cierre de la coyuntura. ¿Reacciona contra la ‘elite’ porque es progresista o reacciona contra el progresismo porque es de ‘elite’? Al tratarse de un votante inusual, es necesario no cargarse arbitrariamente hacia alguno de los extremos de dicho equilibrio. Esto, que podría parecer otra forma de llamar a no ‘rolear’ a nuestras huestes -y que también lo es-, es importante. Engañados o no, pueden observarse múltiples testimonios que explican su rechazo a base de reivindicaciones económicas igualitarias o redistributivas. Y aunque es bastante obvio que concluir que estas personas estarían potencialmente más cerca de ideas revolucionarias que las que se movilizaron por el apruebo es un completo error⁶, sí que dice cosas interesantes para las izquierdas, incluyéndonos. De un lado, nos habla de una masa que puede, eventualmente, ‘integrarse’ por derecha a la lucha política, sea en el circuito institucional o extra-institucional. Del otro, nos habla de una masa silenciada y autosilenciada por mucho tiempo, sobre la cual la izquierda dejó de pensar en términos electorales, e inclusive en el

6 Nótese que hay izquierdistas (en el sentido negativo del término) que sí parecen sacar esta conclusión, en otro capítulo de confusión entre los deseos y la realidad.

sentido total, más amplio, de la realidad concreta⁷. Hasta aquí, con el sesgo ideológico que fuere, las distintas fuerzas políticas tendieron a imaginarles como simplemente neutrales, apáticos, o bien, a una proyectarles arbitrariamente sus propias tesis, como si se tratase de un envase vacío.

Si pudiésemos comparar a estos actores sociales con otros fenómenos históricos, opinamos que el ‘fascismo’ es mucho decir, porque nadie puede adivinar si volverán a actuar políticamente, ni si lo harían del mismo modo que lo hicieron. Nos parece más exacto el caso del proletariado rural inglés del siglo XIX. Este actor social se resistió a la revolución industrial y sus consecuencias negativas para el campo, y defendió sus reivindicaciones de clase a través de un supuesto acuerdo -inventado, por razones de supervivencia- con el Rey y con Dios. Según la burocracia modernizante, la revolución industrial era ‘buena para la sociedad’, pero para ellos no lo fue, y defendieron sus intereses de clase en un sentido reaccionario. Y si bien es el caldo de cultivo perfecto para las derechas, sobre todo las no-tradicionales, es imposible pensar en que allí hay personas que podrían ser ‘nuestras’, si se pensaran bien los problemas y se pusiese una energía que hoy derechamente no se entrega. No podemos romantizar el conservadurismo popular, pero tampoco podemos culparlos de odiar a la mayoría de los protagonistas políticos, sus errores, sus excentricidades y sus superficialidades. Se trata de un sector social en los que debe pensar la izquierda, justamente porque la realidad no se acota en si el voto es voluntario u obligatorio.

Ahora bien, la necesidad de sacar de plano toda romantización va con acento. Una fuerza política revolucionaria ha de poner la centralidad de la mirada y su energía en el movimiento popular, y después en el pueblo en general, al menos si se trata de política y no solo del corazón. Sostener lo contrario implicaría atar la suerte de la fuerza revolucionaria a los sectores sociales más atrasados del pueblo en cuanto conciencia disponible a la transformación política, social y cultural. El futuro de la izquierda está ligado a las mayorías populares, pero ello es *desde* el 38%, sea cual sea la tendencia desde la que nos paramos; es ese el movimiento popular. Un buen ejemplo, aunque algo excéntrico, de una mala conclusión de estos fenómenos sería el de Santiago Armesilla en España. Este ‘youtuber marxista’ incurre en una cruda crítica contra la izquierda española, en particular la *podemista*, pero ante su debacle sostiene la necesidad de apuntar primariamente hacia el votante de Vox y el Partido Popular. Para ir en su conquista, promueve la defensa de la ‘hispanidad’, la negación del nacionalismo vasco y catalán, y en una clara visión nostálgica del Imperio Español convoca a la unidad de todos los pueblos ‘hispanoparlanetes’ o ibéricos. Armesilla es un buen ejemplo de cómo la romantización de un segmento social reaccionario no solo ‘modula’ las premisas políticas o cambia su forma, sino que termina por transformar el fondo del proyecto político. Nuestro ‘rechazo popular’ tiene poco que ver con el votante de Vox o el Partido Popular españoles, o de la UDI y de Republicanos chilenos, pero es imposible no resaltar el hecho de que dichas masas se movilizaron electoralmente a propósito del rechazo, pero no respecto de los eventos electorales anteriores.

Insistimos, el ‘rechazo popular’ es posible de explicar. Nosotros y otros hemos hecho también críticas profundas al ‘progresismo’ dominante en el movimiento popular, no solo por asuntos de principios, sino que también por la constatación de sus carencias y sus propias sobre-ideologizaciones. Toda la realidad no entra en el antagonismo entre radicalidad y moderación. Y sin embargo, por muy profunda que deba ser esta crítica, más aún ahora, es insostenible que alrededor del progresismo no está también presente el planteamiento de izquierda en un sentido clásico, aunque disminuido, accesorio, o como vagón de cola. En el afán de no ‘estupidizar’ ni ‘romantizar’ el rechazo popular, sostenemos que probablemente estas personas sabían también que votaban contra las 40 horas de trabajo, el aumento de los derechos sindicales y contra la democratización económica en general. En el fondo, quienes somos

⁷ Ese segmento ya no estuvo en el mapa acerca de preguntas tales como ¿esto que proponemos es demasiado moderado o radical? ¿Está enfocado en problemas transversales?, ¿a qué sectores sociales interpela en primer término?, etc.

comunistas hemos sabido siempre que somos minoría y que, no por serlo, es momento de lanzarnos a aventuras progresistas o reaccionarias. Que exista un ‘rechazo de clase’ no cambia en nada ese hecho, sino que nos invita a afinar y redoblar aquello que hemos criticado o matizado *desde* el movimiento popular.

En síntesis, la derrota gruesa pertenece a los actores políticos protagonistas del período y la coyuntura, que no es nuestra propia fuerza. Vale decir, fuerzas reformistas de distinta índole. Sin embargo, como enseña la historia, es un error evaluar si la derrota se mide tan solo por nuestras propias tesis políticas, como si acaso que se derrote a las tendencias mayoritarias del movimiento popular no nos afectase. La derrota de este, protagonizado y conducido por referentes reformistas, es de toda la izquierda, incluida la revolucionaria. Únicamente quien desconozca ese minoritario 38% frente al voto obligatorio podría afirmar algo diferente, puesto que entre cantidad y calidad hay una relación obvia. A primera vista, cuando alguien señala que el análisis electoral no da cuenta de la realidad efectiva, podría parecer que dice algo inteligente. En este caso, mucho más que en otros, señalar aquello es superficial y banal, pues estas ilustran el cierre de la coyuntura en que veníamos embarcados, con nuestra voluntad o contra nuestra voluntad. En palabras de Igor Goicovic:

“¿Qué explica esta contundente derrota? En primer lugar, es la derrota de los resabios de la protesta popular de octubre de 2019. La misma languidecía en una ritual cada vez menos relevante de enfrentamientos callejeros entre manifestantes y policías, que se arrastraba desde marzo de 2020. Pero es también la derrota de los movimientos sociales anclados en la identidad (feministas, ambientales, territoriales, etnoculturales, etc.). No están ajenos a esta profunda derrota el Gobierno y los partidos políticos actualmente en el poder y tampoco se pueden eximir de la misma, los sectores radicalizados de la izquierda que no capitalizan absolutamente nada ni de este evento ni de los anteriores.”⁸

II. Un momento de ajustar cuentas con otros y con nosotros mismos. Una necesidad para enfrentar el futuro

Como es sabido, a lo largo de una serie de informes acerca de la coyuntura hicimos juicios y proyecciones. Ahora que la coyuntura está definitivamente cerrada, nos es un asunto obligado hacer un balance respecto de los mismos. Al mismo tiempo, debemos hacer este ejercicio respecto de las hipótesis que discutimos cada vez.

Antes de cualquier cosa, digamos algo sobre un hecho que no es de esta coyuntura propiamente, pero que sin duda la determinó: la revuelta popular y sus interpretaciones. Los hechos recientes no dejan de llevarnos de nuevo allí y preguntarnos ¿qué es realmente la revuelta?, pues es obvio que si se la entiende como un fenómeno de izquierdas (cualesquiera estas sean), las piezas no encajan. Pensamos que muchos de los aciertos y límites de los análisis de coyuntura que evaluaremos a continuación están, obviamente, relacionados con los que hayamos tenido para entender la revuelta. Esto es verdad para todo el mundo y para nosotros. En una entrega anterior, pero de manera muy acotada, señalamos que probablemente no había ninguna contradicción entre la movilización anti-inmigración nortina y la revuelta; y esto lo dijimos porque existía quien se sorprendía por el hecho de que con ese propósito, se utilizase la bandera chilena en su versión de octubre de 2019, negra con blanco.

Pues bien, nos parece que hoy la comprensión de la revuelta como un hecho único, pero a la vez contradictorio, es más necesaria que nunca. Puesto que si bien se puede encontrar el hilo común del descontento contra Piñera, pero más en el fondo, un espíritu antioligárquico y popular, innegablemente este tuvo distintas caras, en términos de programa inorgánico (reivindicaciones espontáneas), de composición social (mayoritariamente proletario, pero de estratos sociales diferentes, de tradiciones

⁸ Igor Goicovic, “La derrota reformista y el escenario del conflicto político”. <https://resumen.cl/articulos/goicovic-derrota-reformista>.

diferentes, etc), así como también en términos regionales y comunales. Y más que tratarse de que estos matices no estuviesen en la cabeza de nadie, nos parece que el déficit estuvo dado por situar el grueso del análisis en la región de Santiago, y en particular, alrededor de Plaza Dignidad. Observando los hechos recientes, pero sobre todo los resultados electorales en el norte, dan para pensar que no solo octubrebrismo y noviembrebrismo son producto de la revuelta (en términos de división entre las corrientes de izquierda), sino que también fenómenos como el Partido de la Gente. Todo esto cuidándose, eso sí de desdibujar las características de la revuelta a la luz del presente de un modo a-histórico; la revuelta y todos sus embriones no se cerraron solo con el 15N o por la habilidad de la clase dominante, puesto que con la pandemia indudablemente se abrió una nueva situación, llena de cambios a nivel general, y en la subjetividad de las masas.

Continuando, pensamos que si se leen en conjunto nuestros análisis de coyuntura, queda la idea de que los resultados no debiesen sorprendernos demasiado, pero siempre que nos refiramos a la posibilidad de que triunfe el rechazo y no a la contundencia de la derrota. Eso no lo vimos venir, por las mismas razones que casi nadie lo hizo; esta es, la sobrevaloración de la fuerza numérica de lo que teníamos enfrente. Sin embargo, se acusa desde el informe n°6 una atención por la legitimidad de la Convención de cara a la mayoría de la sociedad. Esto fue exactamente en el momento en que se derrumbó la Lista del Pueblo. De allí en adelante, sostuvimos que la pérdida de legitimidad de la Convención, y en particular, de su izquierda, tenía que ver con cuestiones de fondo y forma; aunque era importantísimo, era imposible reducir las deficiencias a lo técnico, a la comunicación o a las ‘fake news’ de la campaña reaccionaria. Como hemos señalado antes, nos parece que el grueso del problema -aunque merece también precisiones esto- no está en el antagonismo entre radicalidad y moderación, sino que en los acentos, de qué era relevante y qué no para las mayorías sociales.

En lo que refiere al problema de la radicalidad y la moderación respecto de la realidad efectiva, no podemos sino dar por cierto lo que señalamos en el informe n°9, esto es, que los deseos nacionalizadores de los recursos mineros o de reimpulsar la Comuna de París estaban completamente desajustados de la *voluntad* de las mayorías. Estos ‘máximos’ mejor o peor, podían ser lo que fueron: un intento de clavar una bandera respecto de una minoría política-social. Para quienes, desde fuera de la Convención, pensaban -o peor, siguen pensando- lo contrario, no se puede sino indicar la sobre-ideologización, en el sentido de una lectura antojadiza (no realista) del movimiento popular y la sociedad chilena. Por lo mismo, lo que cabía al interior de la Convención para una fuerza política revolucionaria era justamente clavar la bandera, una que se había dejado de abrazar hace mucho por la propia izquierda, y de allí en más, concentrarse en los mínimos que asienten las bases de la conquista del máximo. En lo que refiere al tema del cobre, eso se llama royalty, encadenamiento productivo, etc, pero valga algo de este comentario hacia el conjunto de la formulación de un proyecto económico nacional en la Convención, pues está a la vista que por sobre la moderación o la radicalización, el tema simplemente no estuvo en el centro del interés o de las competencias; es el caso del capítulo que refiere al sistema de pensiones, donde dicho sea de paso, sí había posibilidad de apostar por el máximo y no el mínimo.

Sin embargo, si algo podemos aprender de lo sucedido es que la ‘sobre-ideologización’ no afecta solo al super radicalismo izquierdista, por cuanto el ‘desajuste’ entre los temas que interesan a las corrientes principales del movimiento popular chocan también con la mayoría del pueblo. Se ha indicado que la nueva Constitución era mucho más una ‘lista de supermercado’ que un proyecto de país, una de minorías político-sociales fragmentadas, y no se puede sino dar por cierto el criterio, además de que hoy podemos saber que, estas, aliadas electoralmente, no son mayoría en las filas del pueblo. Inclusive, pensamos que no se trata de los mal llamados ‘temas postmodernos’ (derechos sexuales y reproductivos, medioambiente, etc), por cuanto la verdad es que no existen ‘temas postmodernos’, sino

que enfoques postmodernos que se atribuyen su representación. Y en eso sí pensamos que se jugó buena parte de la deficiente representación de las aspiraciones generales, así como en la comunicación; a todo el mundo le quedó meridianamente claro que la propuesta era 'paritaria', pero no podemos decir lo mismo respecto del sistema tributario, del sistema político, de la economía en general, y el por qué aquello constituiría un avance.

En fin, sobre la Convención y sus protagonistas dijimos muchísimas cuestiones y se dirán todavía más. Por ahora nos quedamos con esos lineamientos gruesos, que son continuidad de lo que habíamos planteado de antemano. Con todo, aquí la finalidad es realizar un análisis correcto, objetivo, y no apuntar con soberbia al conjunto de los protagonistas, con la predisposición de que nuestra fuerza podría haberlo hecho mucho mejor. No, pues como señalamos antes, toda la potencialidad, los límites y las deficiencias es expresiva también del estado real del movimiento popular, y pensamos que nadie puede tener cara para decir que no está también en su propia crisis y hasta en su propia burbuja. Todo cuanto hemos señalado es relevante para reflexionar sobre la realidad concreta y en qué hacer, y por mucho que nos desagraden los Atria, los Baradit y los Stingo, no nos sumaríamos a su linchamiento físico.

Para cerrar el punto, una cosa más. Debemos de reconocer de modo autocrítico que, antes del derrumbe de la Lista del Pueblo, caímos también en un optimismo exagerado acerca de las posibilidades de la izquierda y el movimiento popular al interior de la Convención. Esto no en el sentido de que hayamos caído en la noción liberal-democrática de que una carta fundamental iba a llegar y resolver por sí misma todos los problemas nacionales; contra esa 'ilusión constitucional' también argumentamos en el pasado. Tampoco se trata de que hayamos sobreevaluado el potencial de la Lista del Pueblo -como otros sí hicieron-, pues aunque no imaginamos la caída tan rápida y dramática, sí señalamos que una articulación así de heterogénea no podía parir ni un proyecto de país ni ser la expresión pública del movimiento popular por mucho tiempo; frente al democratismo y la heterogeneidad extrema, continuamos apostando por la forma partido. De allí que tengamos a bien mucho más a la labor del PC al interior de la Convención que de MSC. Nuestro optimismo exagerado estuvo en lo siguiente: en sobrevalorar la representatividad de la izquierda tradicional y no-tradicional en la Convención respecto de las mayorías populares, por cuanto extraíamos desde allí un juicio acerca de la subjetividad política del pueblo en general, a instancias de que se trató de una elección excepcional, que combinó una bajísima participación electoral (43,4%), aun cuando -y este es el error- hayamos deslizado que lo más probable era que la abstención del plebiscito de entrada y en la elección mencionada se explicaba mucho más por un sentimiento apático o antipolítico que por algún tipo de voluntad revolucionaria. Insistimos, no sacamos bien la cuenta acerca de cuál era la fuerza numérica real del movimiento popular.

Continuando, otra cuestión que podemos dejar sujeta a evaluación es la constatación de la dirección general de la coyuntura y sus características. Sobre ello, afirmamos que, con los errores ya señalados, nuestro juicio no fue artificial. Particularmente, en su momento evaluamos la derrota de Jadue frente Boric, el triunfo de Kast en primera vuelta y la total derrota parlamentaria de la izquierda como indicios de una correlación de fuerzas que estaba cambiando y que, por tanto, todos los intentos de sostener que la revuelta popular continuaba allí caían al simple vacío, aunque pudiesen sentirse todavía sus brasas ardientes. Para nosotros, cada uno de estos hitos daba cuenta de una correlación de fuerzas que se encontraba en movimiento, al interior de las izquierdas, del movimiento popular y la sociedad chilena en general. En una línea, hubo hechos que hacían muy claro que la coyuntura había dejado de ir hacia la izquierda, aun cuando el triunfo de Boric en segunda vuelta haya dicho mucho acerca de que la mayoría del pueblo estaba presta a movilizarse para bloquear la amenaza de Kast.

A la luz del cierre de la coyuntura podemos ofrecer como síntesis de la serie de informes que, si bien no estuvimos cerca de comprender todas sus características ni de observar todo lo que había que observar, sí estuvimos acertados en comprender la dirección general y los cambios en la correlación de fuerzas. Se podrá decir que se trata de una tarea de escritorio, pero la verdad que pensamos que no es poco. Por más que la producción teórica de una organización política no resuelva por sí misma los problemas prácticos y de organización, sin ella, la actividad es únicamente activismo fragmentado, lealtades personales y convicciones compartidas, pero que no necesariamente nos acercan a comprender la realidad y actuar de manera positiva en ella.

Para finalizar, y para que no quepa ninguna duda, pese a que el cierre de la coyuntura haya sido desfavorable a la izquierda, al movimiento popular y al MDP, y que por tanto, ciertos optimismos tengan que matizarse, seguimos insistiendo en que nos encontramos en un período político nuevo, con sus propias dinámicas y desafíos, distinto del período post-dictatorial o concertacionista. En el marco de ese nuevo período que inauguró la revuelta popular, hoy se abre una nueva coyuntura que habremos de atender en una nueva serie de informes, y también, a través de una nueva organización política.